

Manifiesto por una Europa libre y unida

Altiero Spinelli y Ernesto Rossi

29 de agosto de 1941

I. La crisis de la civilización moderna

La civilización moderna ha elegido como su fundamento el principio de libertad, según el cual el hombre no debe ser un mero instrumento de los demás hombres sino convertirse en un centro autónomo de vida. Con esta doctrina en la mano se ha ido desarrollando un grandioso proceso histórico de crítica a todos los aspectos de la vida social que no la respetasen:

I. Se ha proclamado el derecho igualitario de todas las naciones a organizarse en estados independientes. Cada pueblo, identificado por sus características étnicas, geográficas, lingüísticas e históricas, debía encontrar en el organismo estatal creado por él mismo, según su concepción particular de la vida política, el instrumento para satisfacer del mejor modo posible sus necesidades, independientemente de toda intervención extranjera.

La ideología de la independencia nacional ha sido un poderoso generador de progreso; ha ayudado a superar los mezquinos provincialismos a favor de una mayor solidaridad contra la opresión de los dominadores extranjeros; ha eliminado muchas de las trabas que obstaculizaban la circulación de hombres y de mercancías; ha extendido -dentro del territorio de cada nuevo Estado- a las poblaciones más atrasadas las instituciones y los ordenamientos de las más civilizadas. Sin embargo, la ideología de la independencia nacional llevaba en sí el germen del imperialismo capitalista, que nuestra generación ha visto agigantarse hasta culminar en la formación de estados totalitarios y el desencadenarse de las guerras mundiales.

La nación ya no es considerada el producto histórico de la convivencia de hombres que, gracias a un largo proceso, han llegado a una mayor uniformidad

de sus costumbres y aspiraciones y encontrado en el Estado la forma más eficaz de organizar la vida colectiva en el marco de la sociedad humana. La nación se ha convertido en una entidad divina, un organismo que debe pensar sólo en su propia existencia y desarrollo sin preocuparse en lo más mínimo por los daños que pueda provocar a los demás. La soberanía absoluta de los estados nacionales ha llevado a la voluntad de dominio de unos sobre otros y a considerar parte de su «espacio vital» a territorios cada vez más vastos, que les permitan actuar libremente y asegurarse los medios de subsistencia sin depender de nadie. Esta voluntad de dominio no podría calmarse sino con la hegemonía del Estado más fuerte sobre todos los demás, convertidos en sus servidores.

En consecuencia, en lugar de ser un protector de la libertad de los ciudadanos, el Estado se ha transformado en patrón de súbditos obligados a servirlo con todas sus capacidades para maximizar su eficiencia bélica. Incluso en tiempos de paz, considerados como pausas necesarias para la preparación de las inevitables guerras sucesivas, la voluntad de las clases militares predomina en muchos países sobre la de los civiles, haciendo cada vez más difícil el funcionamiento de ordenamientos políticos libres: la escuela, las ciencias, la producción y los organismos administrativos son orientados principalmente a aumentar el potencial bélico; las madres son consideradas como productoras de soldados y premiadas con los mismos criterios con los cuales en las exposiciones se premia a los animales más prolíficos; los niños son educados desde la más tierna infancia en el oficio militar y el odio a los extranjeros; las libertades individuales se reducen a la nada desde el momento en que todos son militarizados y forzados continuamente a prestar servicio militar; la ininterrumpida sucesión de guerras obliga a abandonar la familia, el empleo, las pertenencias, y a sacrificar la vida misma por objetivos cuyo valor nadie comprende verdaderamente. En pocos días se destruye el resultado de decenios de esfuerzos realizados para aumentar el bienestar colectivo.

Son los estados totalitarios los que han realizado de modo más coherente la unificación de todas sus fuerzas y alcanzado un nivel máximo de centralización y autarquía; y de esta manera han demostrado ser las organizaciones que mejor se adaptan al escenario internacional vigente. Basta que una nación dé un paso hacia el totalitarismo para que sea emulada por las demás, arrastradas en esa dirección por la voluntad de supervivencia.

2. Se ha proclamado el derecho igual de los ciudadanos a la formación de la voluntad del Estado, que debía resultar una síntesis libremente expresada de las cambiantes exigencias económicas e ideológicas de todos los sectores sociales. Una organización política de este tipo ha permitido corregir, o al menos atenuar, muchas de las más escandalosas injusticias hereditarias de los regímenes del pasado. Pero las libertades de prensa y de asociación, y la progresiva extensión del sufragio, hacían cada vez más difícil defender los viejos privilegios manteniendo al mismo tiempo el sistema representativo. Poco a poco, los desposeídos aprendían a valerse de estos instrumentos para iniciar el asalto a los derechos adquiridos de las clases poseedoras. Los impuestos sociales sobre las ganancias rentísticas y sobre las sucesiones, las alícuotas progresivas sobre las mayores fortunas, las exenciones fiscales sobre los ingresos mínimos y los bienes de primera necesidad, la escuela pública gratuita, el aumento de los gastos de asistencia y previdencia social, la reforma agraria y el control de las fábricas amenazaban las ciudadelas fortificadas de las clases privilegiadas.

Incluso aquellos sectores privilegiados que habían consentido la igualdad de derechos políticos no podían admitir luego que las clases desheredadas se valieran de éstos para hacer realidad esa igualdad de hecho que habría dado a tales derechos un contenido concreto de efectiva libertad. Cuando, al fin de la Primera Guerra Mundial, esta amenaza se hizo demasiado profunda, fue natural que las clases poseedoras aplaudieran y apoyaran calurosamente la instauración de dictaduras que arrebataban las armas legales de las manos de sus adversarios.

Por otra parte, la formación de gigantescos complejos industriales y bancarios, y de sindicatos que reunían bajo una sola dirección ejércitos enteros de trabajadores que presionaban al gobierno para obtener una política que respondiera a sus intereses particulares, amenazaba disolver el mismo estado en un sinnúmero de feudos económicos en despiadada lucha entre ellos. Los ordenamientos democráticos-liberales, transformados en instrumentos de los cuales estos grupos se valían para explotar mejor a la entera colectividad, perdían cada vez más su prestigio, mientras se difundía la convicción de que solamente el Estado totalitario, aboliendo las libertades populares, podía resolver de algún modo los conflictos de intereses que las instituciones políticas existentes ya no lograban contener.

De hecho, los regímenes totalitarios han consolidado las posiciones ya obtenidas por las diversas categorías sociales e impedido, mediante el control policial sobre la vida de los ciudadanos y la eliminación violenta de los disidentes, toda posibilidad de corrección legal del Estado de cosas vigente. Se ha asegurado así la existencia de la clase parasitaria de los propietarios terratenientes, y de una clase rentista cuya única contribución a la producción social es la de cortar los cupones de sus acciones y títulos, de sociedades monopólicas y sectores cartelizados que explotan a los consumidores y volatilizan el dinero de los pequeños ahorristas, de plutócratas que, escondidos detrás del escenario, manejan como marionetas a los políticos para dirigir la maquinaria del Estado en su propia exclusiva ventaja, bajo la apariencia de la prosecución de los superiores intereses nacionales. Se ha conservado así el abismo entre las colosales fortunas de unos pocos y la miseria de las grandes masas, excluidas de la posibilidad de gozar de los frutos de la cultura moderna, y se ha salvado, en sus aspectos sustanciales, a un régimen económico en el cual los recursos materiales y la fuerza de trabajo, que deberían estar orientados a satisfacer las necesidades fundamentales para el desarrollo de las energías humanas, se dirigen en cambio a la satisfacción de los deseos más superficiales de aquellos cuyas riquezas les permiten pagar los precios más altos; un régimen económico en el cual el poder del dinero se perpetúa en la misma clase mediante el derecho de sucesión, transformándose en un privilegio sin relación ninguna con el valor de los servicios efectivamente prestados a la sociedad, en tanto el campo de alternativas a disposición de los proletarios es tan reducido que para sobrevivir se ven obligados a dejarse explotar por quienes les ofrecen una posibilidad cualquiera de empleo.

Para mantener inmovilizadas y sometidas a las clases obreras, los sindicatos se han transformado, de organismos libres de lucha dirigidos por individuos que gozaban de la confianza de los asociados, en órganos de vigilancia policial bajo la dirección de agentes del grupo gobernante y que sólo a él responden. Y toda corrección a este régimen económico es dictada solamente por las exigencias del militarismo, que han confluído con las aspiraciones reaccionarias de las clases privilegiadas para favorecer el surgimiento y la consolidación de los estados totalitarios.

3. Contra el dogmatismo autoritario se ha sostenido el valor permanente del espíritu crítico, según el cual toda afirmación debe ser justificada racionalmente o descartada. A la persistencia en esta actitud desprejuiciada se deben las mayores conquistas de nuestra sociedad en todos los campos. Pero esta libertad espiritual no ha resistido a la crisis que llevó al surgimiento de los estados totalitarios. Nuevos dogmas que deben ser aceptados por mera creencia o por hipocresía se están convirtiendo hoy en patrones de todas las ciencias.

Aunque nadie haya logrado definir con precisión el concepto de raza y a pesar de que las más elementales nociones históricas hagan resaltar su absurdidad, se exige a los fisiólogos creer, demostrar y convencer de que se pertenece a una raza elegida porque el imperialismo tiene necesidad de este mito para exaltar el orgullo y el odio en las masas. Las más elementales nociones de la ciencia económica son anatematizadas para poder presentar a la política autárquica, a los intercambios equilibrados y a muchos otros instrumentos oxidados del viejo mercantilismo como si se tratara de extraordinarios descubrimientos de los nuevos tiempos. Dada la interdependencia económica de todas las partes del mundo, el espacio vital para todo pueblo que quiera conservar un nivel de vida acorde con la civilización moderna es la entera superficie del planeta. Sin embargo, ha sido creada la pseudo-ciencia de la geopolítica, que intenta demostrar la consistencia de la teoría de los espacios vitales para revestir teóricamente la voluntad de dominio del imperialismo.

La historia está siendo falsificada en sus datos esenciales en interés de la clase gobernante. Las bibliotecas y las librerías son purgadas de obras que no estén de acuerdo con la ortodoxia reinante. Las tinieblas del oscurantismo amenazan sofocar nuevamente el espíritu humano. La misma ética social de la libertad y la igualdad se ve socavada. Los hombres no son ya considerados ciudadanos libres que se valen del Estado para alcanzar mejor sus fines colectivos. Son ahora servidores del Estado, que establece cuáles deben ser sus fines, mientras al mismo tiempo de da por descontado que la voluntad del Estado es la voluntad de quienes detentan hoy el poder. Los hombres no son ya sujetos de derecho. Son organizados verticalmente y obligados a obedecer sin discutir a sus superiores en una jerarquía que culmina en un jefe divinizado. El régimen de castas renace así prepotentemente de sus cenizas.

Luego de haber triunfado en varios países, esta reaccionaria civilización totalitaria ha encontrado en la Alemania nazi la potencia capaz de llevarla hasta las últimas consecuencias. Después de una meticulosa preparación, aprovechando con audacia y sin escrúpulos las rivalidades, los egoísmos y la estupidez ajenas, Alemania se lanzó a la empresa de la dominación arrastrando tras de sí a sus estados vasallos, entre ellos: Italia, y se alió con Japón, que perseguía fines idénticos en Asia. Su victoria significaría la definitiva consolidación del totalitarismo en el mundo. Todas sus características se exasperarían hasta el máximo y las fuerzas progresistas serían condenadas por largo tiempo a una mera posición defensiva.

La tradicional arrogancia e intransigencia de las clases militares alemanas puede darnos idea de cuál sería el carácter de su dominio después de una guerra triunfante. Los alemanes, victoriosos, podrían hasta permitirse simular generosidad hacia los demás pueblos europeos y respetar formalmente sus territorios e instituciones políticas, para así gobernarlos satisfaciendo el estúpido sentimiento patriótico que mira solamente las banderas que flamean sobre cada territorio y se preocupa sólo por la nacionalidad de los políticos a cargo del gobierno, en vez de considerar con atención las relaciones de fuerza y el contenido efectivo de los organismos del Estado. Aun camuflada de esta manera, la realidad sería la misma: una renovada división de la humanidad en Ilotas y Espartanos. Hasta un armisticio entre las partes hoy en lucha significaría un paso ulterior hacia el totalitarismo, ya que los países que escaparan al abrazo mortal de Alemania serían forzados a adoptar su forma de organización política para poder prepararse adecuadamente a la inevitable continuación de la guerra.

Sin embargo, aun cuando ha podido abatir de a uno a todos los estados pequeños, la Alemania hitleriana ha obligado con su acción a que fuerzas cada vez más poderosas se involucraran en la contienda. Incluso en su momento más crítico, cuando quedó sola frente al enemigo, la valiente combatividad de Gran Bretaña hizo que los alemanes terminaran chocando con la denodada resistencia del ejército soviético y dio tiempo a los Estados Unidos para que movilizaran sus infinitas fuerzas productivas. Y esta lucha contra el imperialismo alemán se ha sumado a la que el pueblo chino está llevando adelante contra el imperialismo japonés. Enormes masas de hombres y de riquezas se han aliado ya contra las potencias totalitarias, las cuales, habiendo alcanzado su capacidad

máxima, no pueden de aquí en adelante más que ver declinar progresivamente sus fuerzas, en tanto que sus oponentes han dejado atrás el momento de máximo retroceso.

La guerra de los Aliados despierta cada día más la voluntad de liberación, incluso de aquellos países que se habían sometido a la violencia y estaban desorientados por el golpe recibido. Esa voluntad se despierta también en los pueblos de las potencias del Eje, que se dan cuenta de haber sido arrastrados a una situación desesperante sólo para satisfacer el anhelo de dominio de sus amos.

El lento proceso gracias al cual enormes masas de hombres se dejaban modelar pasivamente por el nuevo régimen, adecuándose a él y contribuyendo a consolidarlo, se ha detenido, y ha comenzado el proceso contrario. En esta inmensa ola que se levanta lentamente se reencuentran todas las fuerzas progresistas, los sectores más lúcidos de las clases trabajadoras, que no se habían dejado corromper por el terror y las adulaciones en su aspiración a una forma de vida superior; los miembros más conscientes del campo intelectual, ofendidos por la degradación a la que es sometida la inteligencia; los empresarios que, sintiéndose capaces de nuevas iniciativas, quieren liberarse de las restricciones burocráticas y de las autarquías nacionales que impiden todo movimiento; en fin, todos aquellos que por un sentido innato de dignidad no saben doblar su espina dorsal a las humillaciones de la servidumbre.

De todas estas fuerzas depende hoy la salvación de nuestra civilización.

II. Las tareas de la postguerra

La unidad europea

La derrota de Alemania no llevaría automáticamente al reordenamiento de Europa según nuestro ideal de civilización. En el breve e intenso período de crisis general que seguirá al fin de la guerra (en el cual los estados nacionales yacerán en ruinas y las masas populares esperarán ansiosas palabras nuevas y serán materia fluida, ardiente, susceptible de ser forjada en nuevos moldes y capaz de aceptar la guía de verdaderos internacionalistas), los sectores

más privilegiados de los viejos sistemas nacionales buscarán amortiguar - mediante el fraude o la violencia- la oleada de los sentimientos y las pasiones internacionalistas, y se dedicarán obstinadamente a reconstruir los viejos organismos estatales. Y es probable que los dirigentes ingleses -tal vez de acuerdo con los norteamericanos- intenten empujar la situación en este sentido, para recomenzar la política del equilibrio de fuerzas entre grandes potencias en nombre del interés de corto plazo de sus imperios.

Las fuerzas conservadoras, es decir: los dirigentes de las instituciones fundamentales de los estados nacionales; los cuadros superiores de las fuerzas armadas, aliados a las monarquías en donde éstas aún existen; los grandes grupos del capitalismo monopólico que han unido la suerte de sus ganancias a la de sus estados; los grandes terratenientes y las altas jerarquías eclesiásticas que sólo en una sociedad conservadora pueden asegurarse sus ingresos parasitarios; y con ellos y detrás de ellos la innumerable muchedumbre de quienes de ellos dependen o están simplemente enceguecidos por el brillo de su tradicional potencia; todas estas fuerzas reaccionarias sienten ya hoy crujir los cimientos del edificio del viejo orden y tratan de salvarse. Su derrumbe los privaría de golpe de todas las garantías de las que han disfrutado siempre, y los expondría al asalto de las fuerzas progresistas¹.

Si la lucha de mañana se mantuviese restringida al tradicional campo nacional, sería muy difícil escapar a las viejas aporías. Los estados nacionales han planificado tan profundamente sus respectivas economías que la cuestión central sería inmediatamente la de establecer cuál grupo de intereses económicos —es decir: cuál clase- debería controlar las palancas de mando. El frente de las fuerzas progresistas sería fácilmente fragmentado en la disputa entre clases y categorías económicas y, con toda probabilidad, serían los reaccionarios quienes obtendrían ventajas de ello. Un verdadero movimiento revolucionario deberá surgir de quienes han sabido criticar las viejas estructuras políticas, y deberá saber colaborar con las fuerzas democráticas, con las comunistas, y con todas aquellas, en general, que cooperen a la disolución del totalitarismo, pero sin dejarse condicionar por las prácticas políticas de ninguna de ellas.

¹ Se han suprimido aquí, por su falta de correlación con la situación actual, una serie de consideraciones críticas de Spinelli sobre las fuerzas democráticas y comunistas.

Las fuerzas reaccionarias disponen de hombres y cuadros hábiles y acostumbrados al mando, que pelearán despiadadamente para conservar su supremacía. En los momentos más graves sabrán presentarse bien camuflados, proclamándose amantes de la paz, la libertad y el bienestar de las clases más pobres. Ya en el pasado hemos visto cómo se han colocado detrás de los movimientos populares, paralizándolos, desviándolos y convirtiéndolos en su exacto contrario. Sin dudas, serán estas fuerzas las más peligrosas con las que se deberá ajustar cuentas.

El objetivo detrás del cual buscarán unificar y movilizar las voluntades será la restauración del Estado nacional. Podrán aferrarse así al sentimiento patriótico, el sentimiento popular más extendido, más agraviado por los recientes acontecimientos y el más fácilmente instrumentalizable para fines reaccionarios. De este modo pueden confiar en confundir de la manera más fácil las ideas de sus adversarios, dado que la única experiencia política adquirida hasta hoy por las masas populares es la que se ha desarrollado en el ámbito nacional; por lo que es relativamente sencillo convocarlas, junto a sus jefes más miopes, a la tarea de la reconstrucción de los estados nacionales derribados por la tempestad de la guerra.

Si fueran capaces de alcanzar este objetivo, la reacción habrá vencido. Aunque los estados que logran recrear fueran democráticos o socialistas, el retorno del poder a manos reaccionarias sería sólo cuestión de tiempo. Resurgirían las desconfianzas entre las naciones y cada estado confiaría nuevamente la satisfacción de sus exigencias sólo a la fuerza de las propias armas. Su tarea principal volvería a ser, más o menos rápidamente, la de convertir a sus pueblos en ejércitos. Los generales volverían a comandar, los grupos monopólicos se aprovecharían de nuevo de las autarquías nacionales, los organismos burocráticos se inflarían nuevamente y los sacerdotes se encargarían otra vez de mantener dóciles a las masas. Todas las conquistas obtenidas en el primer momento de la victoria se desvanecerían en la nada frente a la necesidad de prepararse de nuevo a la guerra.

El problema que debe ser resuelto en primer lugar, ya que de lo contrario todo progreso no sería más que una mera apariencia, es la definitiva abolición de la división de Europa en estados nacionales soberanos. El derrumbe de la mayor parte de los estados del continente bajo la topadora alemana ha unificado

el futuro de los pueblos europeos, que todos juntos deberán someterse al dominio de Hitler o todos juntos entrarán, con su derrota, en una crisis revolucionaria en la cual no se hallarán ya rígidamente divididos por sólidas estructuras estatales. Ya hoy los espíritus están mucho mejor dispuestos que en el pasado a una reorganización federal de Europa. La dura experiencia de las últimas décadas ha abierto los ojos a los que no querían ver y hecho madurar muchas circunstancias favorables a nuestros ideales.

Todos los hombres razonables reconocen hoy que no se puede sostener un equilibrio de estados europeos independientes en el cual se deba convivir en igualdad de condiciones con una Alemania militarista, ni tampoco se puede despedazar a Alemania y ponerle un pie sobre la cabeza una vez que haya sido vencida. La evidencia histórica prueba que ningún país europeo puede mantenerse aislado mientras los demás combaten, ya que de nada valen las declaraciones de neutralidad y los pactos de no agresión. Y se ha demostrado también la inutilidad y peligrosidad de organismos del tipo de la Sociedad de las Naciones, que pretendían garantizar un derecho internacional sin disponer de una fuerza militar capaz de imponer sus decisiones y respetando la soberanía absoluta de los estados participantes. Absurdo ha demostrado ser también el principio de no intervención, según el cual cada pueblo debería ser libre de darse el gobierno despótico que mejor le parezca, como si la constitución interna de cada Estado no constituyera un interés vital para todos los demás países europeos.

Se han hecho insolubles, además, los múltiples problemas que envenenan la vida del continente: el trazado de fronteras en zonas de población mixta, la defensa de las minorías extranjeras, la salida al mar de los países interiores, la cuestión balcánica, la irlandesa, entre otros muchos casos, que encontrarían en la Federación Europea la solución más simple, tal como han encontrado solución en el pasado los problemas similares de los pequeños estados que entraban a formar parte de una unidad nacional más amplia, una vez que hubieron perdido sus sospechas y rencores al transformarlos en problemas de la relación normal entre las diversas provincias de un país.

Por otra parte, se han desarrollado en los últimos años una serie de circunstancias que favorecerán la constitución de un régimen federal europeo que acabe con la actual anarquía: la finalización de la sensación de

inexpugnabilidad de Gran Bretaña que aconsejaba a los ingleses mantenerse en su «splendid isolation»; la disolución del ejército y de la misma República Francesa al primer golpe serio de las fuerzas alemanas, que es de esperar haya disminuido las presunciones chauvinistas de la superioridad gálica; y especialmente, la conciencia de la gravedad del peligro de haber quedado sometidos, todos, a la servidumbre de Alemania. El hecho de que Inglaterra haya aceptado el principio de la independencia de la India y de que Francia, con el reconocimiento de su derrota, haya potencialmente perdido su imperio, hace más fácil encontrar una base de acuerdo para una resolución europea de los problemas coloniales.

A todos estos factores se agrega la desaparición de algunas de las principales dinastías y la fragilidad de las bases que sostienen a las sobrevivientes. Se debe tener en cuenta, en efecto, que estas dinastías consideraban a los países como parte de su propiedad hereditaria, por lo que representaban, junto con los poderosos intereses de quienes las apoyaban, un serio obstáculo a la organización racional de los Estados Unidos de Europa, los cuales no pueden sino basarse en las constituciones republicanas de sus países federados. Y cuando, superando el horizonte del viejo continente, se abarque en una visión de conjunto a todos los pueblos que constituyen la humanidad, se hará imposible no reconocer que la Federación Europea es la única garantía concebible de que las relaciones con los pueblos asiáticos y americanos puedan desenvolverse sobre la base de la cooperación pacífica, en espera de un porvenir más lejano en el que sea posible la unidad política del globo entero.

La línea divisoria entre partidos progresistas y reaccionarios ya no cae, por lo tanto, sobre la línea formal que divide la mayor o menor democracia, el mayor o menor socialismo, a ser instituidos; sino a lo largo del novedoso límite que separa a aquellos que conciben como campo central de la lucha el antiguo -es decir: las características del poder político nacional y su conquista, quienes favorecerán, aún involuntariamente, el juego de las fuerzas reaccionarias, dejando que la lava incandescente de las pasiones populares vuelva a solidificarse en el viejo molde nacionalista y resurjan sus viejas ridiculeces- y aquellos que verán como tarea central la creación de un sólido estado internacional, quienes dirigirán hacia este fin las fuerzas populares y que, aún conquistando el poder nacional, lo emplearán ante todo como instrumento para alcanzar la unidad internacional.

Con la propaganda y con la acción, tratando de establecer de todas las maneras posibles lazos y acuerdos entre los movimientos afines que seguramente se están formando en todas partes, es necesario desde ahora crear los fundamentos de un movimiento que sepa movilizar a todas las fuerzas disponibles para constituir la creación más grandiosa e innovadora surgida en el continente en los últimos siglos: un sólido estado federal que disponga de una fuerza armada europea que reemplace los ejércitos nacionales, destruya definitivamente las autarquías económicas, columna vertebral de los regímenes totalitarios, y desarrolle los organismos y medios suficientes para hacer cumplir en cada uno de sus estados federales las decisiones dirigidas a mantener un orden común; aun cuando les permita seguir gozando de una autonomía adecuada a la articulación y el desarrollo de su vida política de acuerdo a las características particulares de sus pueblos.

Si en los principales países europeos hubiese en el futuro cercano un número suficiente de hombres capaces de comprender todo esto, la victoria estará pronto en sus manos porque la situación y los ánimos serán favorables a estas tareas y porque tendrán como adversarios a partidos y tendencias descalificadas por la desastrosa experiencia de los últimos veinte años. Y dado que será la hora de nuevos objetivos y tareas será también la hora de hombres nuevos, ¡los hombres del Movimiento por una Europa Libre y Unida!

III. Las tareas de la postguerra

La reforma de la sociedad²

Una Europa libre y unida es condición necesaria del fortalecimiento de la civilización moderna, de la cual la etapa totalitaria representa un retroceso. El fin de este período hará recomenzar inmediatamente el proceso histórico de lucha contra la desigualdad y los privilegios sociales. Las viejas instituciones

² Por tratarse de temas específicamente italianos, por su falta de correlación con el tema del federalismo, la parte final de este Manifiesto ha sido reducida y editada. Sin embargo, y a pesar de cierta obsolescencia inevitable en un documento escrito hace ya siete décadas, se han mantenido todos los párrafos en los que Spinelli anticipa la correlación entre el federalismo regional y la creación y defensa de lo que sería el estado de bienestar europeo.

conservadoras, que impedían su desarrollo, habrán desaparecido o colapsarán, y su crisis deberá ser aprovechada con coraje y decisión.

Para responder a estas exigencias la revolución europea deberá ser socialista, es decir: deberá proponer la emancipación de las clases trabajadoras y el establecimiento de condiciones de vida más humanas para ellas. La brújula de orientación de las acciones que se emprendan en esta dirección ya no podrá ser el principio doctrinario según el cual la propiedad privada de los medios materiales de producción debe ser abolida como cuestión de principio, y tolerada sólo provisoriamente cuando no se pueda prescindir de ella. La estatización general de la economía ha sido la primera forma utópica en que las clases obreras imaginaron su liberación del yugo capitalista, pero una vez realizada no ha llevado al fin soñado sino a la constitución de un régimen en el que la población queda sometida a una elite de burócratas a cargo de la gestión de la economía.

El principio fundamental del socialismo, del cual la idea de la colectivización general no ha sido más que una reducción apresurada y errónea, consiste en que las fuerzas económicas no deben dominar a los hombres sino ser guiadas y controladas por ellos de manera racional, para que las grandes masas no terminen siendo sus víctimas. Las gigantescas energías progresistas que emanan de los intereses individuales no deben ser ahogadas en el pantano muerto de las prácticas rutinarias, para encontrarse después frente al problema de resucitar el espíritu de iniciativa individual mediante la diferenciación de los salarios y otras disposiciones similares. En cambio, estas fuerzan deben ser exaltadas ofreciéndoles una mayor posibilidad de utilización y desarrollo al mismo tiempo que se perfeccionan y consolidan los diques que las hacen converger hacia objetivos útiles a toda la colectividad.

La propiedad privada no debe ser abolida por principio ni dogmáticamente, sino limitada, corregida y extendida caso por caso. Esta orientación se inserta naturalmente en el proceso de formación de una vida económica europea liberada de las pesadillas del militarismo y el burocratismo nacionales. Las soluciones racionales deben tomar el lugar de las irracionales en la conciencia de los trabajadores. Para indicar de modo más exacto el contenido de esta orientación y señalar que la conveniencia

y las modalidades de cada aspecto programático deben ser definidas en relación a un presupuesto indispensable: el de la unidad europea, es necesario poner de relieve los siguientes puntos:

a) No se puede dejar en manos de empresarios privados las compañías que desarrollan una actividad inevitablemente monopólica (por ejemplo en el caso de las industrias eléctricas) y que por eso están en condiciones de explotar a los consumidores, ni las empresas que se necesite sostener por razones de interés colectivo pero que para ello tienen necesidad de subsidios proteccionistas, compras de favor, etc. (por ejemplo, las actuales industrias siderúrgicas italianas), ni las empresas que por el tamaño de los capitales invertidos, el número de los trabajadores ocupados o la importancia del sector que dominan, pueden extorsionar a los órganos del Estado imponiéndoles la política que más les conviene (por ejemplo: las industrias mineras, las grandes instituciones bancarias, las industrias de armamentos). Sobre estos campos económicos se deberá proceder a nacionalizaciones en gran escala, sin que sea necesario respetar aquí derechos adquiridos.

b) Las características que han tenido en el pasado el derecho de propiedad y el de sucesión hereditaria han permitido acumular en manos de unos pocos privilegiados riquezas que será necesario, durante una crisis revolucionaria, distribuir en sentido igualitario, para eliminar a los sectores parasitarios y dar a los trabajadores los instrumentos de producción que necesitan para mejorar sus condiciones económicas y permitirles alcanzar una mayor independencia de vida. Pensamos pues en una reforma agraria que, otorgando la tierra a quien la cultiva, aumente enormemente el número de propietarios, y en una reforma industrial que amplíe la propiedad de los trabajadores en los sectores no estatizados, ya sea mediante cooperativas o con la participación accionaria de los trabajadores.

c) Los jóvenes deben ser asistidos con todo lo necesario para reducir al mínimo la distancia entre las diferentes posiciones de salida en la lucha por la vida. La escuela pública deberá dar a los más idóneos, y no a los más ricos, la posibilidad efectiva de proseguir sus estudios hasta los grados superiores, y deberá preparar, en cada rama de estudios, para

el trabajo en los diversos oficios y actividades liberales y científicas, a un número de individuos que corresponda a la demanda del mercado, de modo que las remuneraciones medias sean más o menos iguales para todas las categorías profesionales cualesquiera sean las diferencias derivadas de las diferentes capacidades individuales en el interior de esas categorías.

d) La capacidad prácticamente ilimitada de las técnicas modernas en la producción masiva de artículos de primera necesidad permite, con un costo social relativamente pequeño, asegurar hoy a todos el alimento, la vestimenta y una vivienda con el confort necesario para preservar la dignidad humana. La solidaridad humana hacia quienes corren el riesgo de sucumbir en la lucha económica no deberá manifestarse, por consiguiente, en forma de caridad, humillante y productora de los mismos males cuyas consecuencias busca reparar, sino con intervenciones que garanticen incondicionalmente que todos, puedan o no trabajar, alcancen un nivel de vida decente, y sin que esto reduzca los estímulos al trabajo y el ahorro. Así ya nadie será forzado por la miseria a aceptar contratos de trabajo indignos.

e) La liberación de las clases trabajadoras sólo puede tener lugar haciendo efectivas las condiciones mencionadas en los puntos precedentes, evitando que puedan recaer en manos de la política económica de sindicatos monopólicos que llevan al campo obrero los mismos métodos opresores característicos del gran capital. Los trabajadores deben recuperar la libertad de elegir quienes los representen en las tratativas que establecen sus condiciones de trabajo, y el Estado deberá proveer los medios jurídicos que garanticen el respeto de los acuerdos alcanzados.

Son éstos los cambios necesarios para agrupar alrededor del nuevo orden a un gran número de ciudadanos interesados en su sostenimiento, y para afirmar la vida política sobre una base consolidada de libertad e impregnada de un alto sentido de la solidaridad social. Sobre estos fundamentos, las libertades políticas podrán tener un contenido concreto -y no sólo formal- para todos, desde el momento en que los ciudadanos comunes poseerán una independencia y un conocimiento suficientes para ejercitar un control continuo y eficaz sobre la clase gobernante.

Sería superfluo detenernos en las instituciones constitucionales, dado que al no poder ser previstas las condiciones en las cuales deberán actuar no haríamos más que repetir lo que ya todos saben acerca de la necesidad de organismos representativos para la creación de leyes, sobre la independencia de la magistratura que deberá tomar el lugar de la actual en la aplicación imparcial de las leyes emanadas, acerca de la libertad de prensa y asociación necesarias para iluminar la opinión pública y dar a todos los ciudadanos la posibilidad de participar efectivamente en la vida del Estado. Dada su particular importancia en estos momentos en nuestro país, dos cuestiones hacen necesario definir mejor nuestras ideas al respecto: las relaciones del Estado con la Iglesia y el carácter de la representación política.

Los sindicatos deberán desempeñar amplias funciones de colaboración con los órganos estatales encargados de resolver los problemas que les afectan más directamente, pero debe sin duda excluirse la posibilidad de que les sea confiada algún tipo de función legislativa, ya que de ello resultaría una anarquía feudal en la vida económica que terminaría en un renovado despotismo político. Muchos de los que se han ilusionado ingenuamente con el mito corporativo podrán y deberán ser conquistados para la tarea de renovación, pero para ello será necesario que se den cuenta de lo absurda que es la solución que anhelaban. El corporativismo no puede tener otra vida concreta que la que asume en los estados totalitarios, cuyo objeto es disciplinar y militarizar a los trabajadores bajo funcionarios que controlan cada uno de sus movimientos en interés de la clase gobernante.

La situación revolucionaria: viejas y nuevas corrientes

Para pueblos enteros, la caída de los regímenes totalitarios significará el advenimiento de la libertad, ya que desaparecerá toda traba y automáticamente reinará una amplísima libertad de expresión y asociación.

Será el triunfo de las tendencias democráticas, las cuales tienen innumerables matices que van desde el liberalismo conservador hasta el socialismo y la anarquía. Todas ellas creen en la generación espontánea de los acontecimientos y las instituciones, en la bondad absoluta de los impulsos provenientes del pueblo. No quieren exaltar la «historia», el «pueblo», el

«proletariado» o como sea que llamen a su Dios. Auspician el fin de las dictaduras, imaginándola como la restitución al pueblo de sus derechos imprescriptibles a la autodeterminación. La coronación de sus sueños es una asamblea constituyente elegida mediante el sufragio más amplio y el más escrupuloso respeto a los electores para que decida qué constitución debe darse al pueblo. Si el pueblo es inmaduro, la constitución será mala, y sólo se podrá corregirla mediante un trabajo de convicción constante.

Los demócratas no rehúyen -por principio- a la violencia, sino que deciden usarla sólo cuando las mayorías están convencidas de su necesidad. Son, por consiguiente, dirigentes aptos para manejarse sólo en épocas normales, en las cuales un pueblo está convencido de la bondad de las instituciones fundamentales y de que sólo deben ser modificadas en aspectos secundarios. En épocas revolucionarias, en las que las instituciones no deben ya ser administradas sino creadas, la praxis democrática falla clamorosamente, como la penosa impotencia de los demócratas en las revoluciones rusa, alemana y española, ha demostrado recientemente. En situaciones como estas, una vez caído el viejo aparato estatal con sus leyes y su administración, pululan inmediatamente –ya sea que pretendan encarnar la vieja legalidad o la desprecien- una gran cantidad de asambleas populares en las cuales convergen y se agitan las fuerzas sociales progresistas. El pueblo tiene seguramente algunas necesidades fundamentales que precisa satisfacer, pero no sabe con precisión lo que quiere ni lo que debe hacer para conseguirlo. Miles de campanas suenan en sus orejas. Pese a estar compuesto por millones de miembros no logra enderezarse y se disgrega en una enorme cantidad de tendencias, en lucha permanente entre ellas.

En los momentos en que es necesario poseer la mayor decisión y audacia, los demócratas se sienten perdidos por no tener tras ellos un consenso popular espontáneo sino tan sólo un turbio tumulto de pasiones; creen que su deber es formar ese consenso y se presentan como predicadores verborrágicos en donde lo que se necesita son jefes capaces de liderar teniendo claro el objetivo; pierden las ocasiones favorables a la consolidación del nuevo régimen buscando hacer funcionar rápidamente organismos que requieren una larga preparación y son adecuados solamente en períodos de relativa tranquilidad; ofrecen a sus adversarios las armas de las que estos se sirven después para derrocarlos; representan, en suma, con sus mil tendencias, no ya la voluntad

de renovación sino las confusas voluntades que reinan en muchas mentes, y que al neutralizarse unas a otras preparan el terreno para el crecimiento de la reacción. La metodología política democrática será un lastre en la crisis revolucionaria.

A medida que la inoperancia de los demócratas agotara su popularidad como defensores de la libertad, y ante la falta de una verdadera revolución política y social, se irían inevitablemente reconstituyendo las instituciones políticas pre-totalitarias y la lucha volvería a desarrollarse según los viejos esquemas del antagonismo entre clases. El principio según el cual la lucha de clases es el objetivo final al que deben ser reconducidos todos los problemas políticos ha constituido la dirección fundamental de los obreros fabriles, y ha servido para dar consistencia a sus políticas mientras no estaban cuestionadas las instituciones fundamentales de la sociedad. Pero la lucha de clases se convierte en un instrumento de aislamiento del proletariado cuando lo que se impone es transformar completamente la organización social. En tales situaciones, los obreros educados en la lucha de clases no saben o no pueden comprender lo que va más allá de sus reivindicaciones sindicales o de clase y son incapaces de conectarlas con los intereses de otros sectores; si es que no aspiran a la dictadura unilateral de la clase obrera para realizar la utópica colectivización de los instrumentos materiales de producción señalada por la propaganda comunista como remedio mágico a todos los males. Una política de este tipo no puede convocar a ningún estrato social excepto el obrero, lo cual priva a las demás fuerzas progresistas de su apoyo y las deja caer en poder de la reacción, que hábilmente las organiza para despedazar al movimiento proletario.

Entre las varias tendencias obreras que siguen la política clasista y los ideales colectivistas, los comunistas han reconocido sus dificultades para obtener el número de seguidores necesario para triunfar, y por consiguiente, a diferencia de los otros partidos populares, se han transformado en un movimiento rígidamente disciplinado que aprovecha lo poco que queda del mito ruso para organizar a los obreros pero no permite su participación, usándolos solamente para sus propias maniobras estratégicas. Esta actitud hace que los comunistas sean más eficientes que los demócratas durante las crisis revolucionarias. Pero al mantener netamente separada la clase obrera de las demás fuerzas revolucionarias con su dogma de que la verdadera revolución obrera debe aún

llegar, los comunistas son un elemento sectario que debilita la lucha común en los momentos decisivos. Además, su permanente dependencia del Estado ruso, que los utiliza sin escrúpulos para alcanzar los objetivos de nacionales de la U.R.S.S., les impide llevar adelante una política que tenga un mínimo de continuidad. Tienen siempre necesidad de esconderse detrás un Karoly, un Blum o un Negrin, para caer después fatal y ruinosamente bajo la dirección de los mismos fantoches que pretendían utilizar, dado que el poder se consigue y se mantiene no sólo con astucia sino con capacidad de responder de forma orgánica y vital a las necesidades de la sociedad moderna. Su escasa consistencia se expresa sin equívocos cuando al desvanecerse su camuflaje los comunistas dan inevitablemente muestra de su verbalismo extremista.

Si mañana la lucha quedara restringida al campo nacional sería muy difícil escapar de las viejas aporías. En efecto, los estados nacionales han ya planificado tan profundamente sus economías que la cuestión central pasaría rápidamente a consistir en saber cuál grupo de intereses económicos -es decir: qué clase- debería controlar las llaves de mando del programa. El frente de las fuerzas progresistas sería fácilmente despedazado por la disputa entre clases y entre sectores económicos. Con toda probabilidad, los reaccionarios serían los más capacitados para extraer ventajas de la situación. Sin embargo, a pesar de sus deficiencias, los comunistas podrían tener su oportunidad, convocar a las masas cansadas y desilusionadas, asumir el poder y utilizarlo para imponer, como en Rusia, el despotismo burocrático sobre la vida económica, política y espiritual del país. Una situación en la cual los comunistas fueran la fuerza política dominante no significaría un desarrollo en dirección de la revolución sino el fracaso de la renovación europea.

Enormes masas son aún influidas o son todavía influenciadas por las viejas tendencias democrática y comunista, y esto es así porque no vislumbran perspectivas, ni métodos, ni objetivos nuevos y diferentes. Ambas tendencias son, sin embargo, formaciones políticas del pasado, que de los desarrollos históricos recientes nada han aprendido ni nada han cambiado, y que canalizan las fuerzas progresistas por caminos que sólo pueden reservarles desilusiones y derrotas. Frente a las exigencias profundas del mañana constituyen un obstáculo, y deben modificarse radicalmente o desaparecer.

Un verdadero movimiento revolucionario deberá surgir de aquéllos que han sabido ser críticos frente a las viejas ideas y estructuras políticas; deberá saber colaborar con las fuerzas democráticas, con las comunistas y con todos aquellos que trabajan hoy por la derrota del totalitarismo, sin dejarse subyugar, sin embargo, por sus prácticas políticas. El partido revolucionario no puede ser creado improvisamente en el momento decisivo sino que debe comenzar a formarse desde ahora, al menos en su posición política central, en sus cuadros generales y en sus primeras líneas de acción. No debe representar una coalición heterogénea de tendencias reunidas transitoriamente y por la negativa -es decir: por su pasado antifascista y la esperanza común en la disgregación del totalitarismo- lo que haría que se dispersaran cada una por su camino una vez alcanzada su caída. El partido revolucionario debe comprender, en cambio, que sólo con esa caída comenzará verdaderamente su trabajo, y debe -por lo tanto- estar constituido por hombres que estén completamente de acuerdo sobre los principales problemas del futuro. Debe penetrar metódicamente con su propaganda dondequiera se encuentren los oprimidos por el actual régimen y, tomando como punto de partida los problemas más dolorosos y sensibles para cada persona y cada clase, debe mostrar cómo se relacionan con otros problemas y cuál puede ser la verdadera solución. Pero de las filas crecientes de sus simpatizantes, el partido revolucionario debe reclutar para su organización sólo a aquéllos que hayan hecho de la revolución europea el objetivo principal de su vida, a los que disciplinadamente realicen día a día el trabajo necesario, a los que contribuyan a su seguridad, continuidad y eficacia aún en situaciones de la más dura ilegalidad, y constituyan así una sólida red que dé consistencia a la amplia pero escasamente comprometida esfera de sus simpatizantes.

Aunque sin descuidar ninguna ocasión ni lugar para difundir su palabra, el partido revolucionario debe dirigir sus esfuerzos, en primer lugar, hacia aquellos ámbitos que constituyen los más importantes centros de difusión de ideas y de reclutamiento de hombres combativos, y hacia los dos grupos sociales más importantes en la situación actual y más decisivos para el futuro, es decir: la clase obrera y los intelectuales. La primera es la que menos se ha sometido al régimen totalitario, por lo que será la que más rápido reorganice sus filas. Los intelectuales, particularmente los más jóvenes, son quienes se sienten espiritualmente más sofocados y disgustados por el despotismo reinante.

Paulatinamente, otros sectores se verán inevitablemente atraídos a participar del movimiento general.

Cualquier intento que fracase en la tarea de unir estas dos fuerzas estará condenado a la esterilidad, ya que a un movimiento compuesto solamente por intelectuales le faltará la masividad necesaria para superar la resistencia reaccionaria; y siendo desconfiado y receloso respecto a la clase obrera, aun cuando esté animado por sentimientos democráticos será proclive a deslizarse, ante las dificultades, hacia el terreno de la movilización de todas las clases contra los obreros, es decir: hacia una restauración fascista. En cambio, si el movimiento descansara sólo sobre la clase obrera carecería de aquella claridad de pensamiento que sólo puede provenir de los intelectuales, tan necesaria para distinguir las nuevas tareas y los nuevos caminos; y manteniéndose así prisionero del viejo clasismo, verá enemigos por todas partes y caerá en la solución doctrinaria comunista.

Durante la crisis revolucionaria, concierne a este partido organizar y dirigir las fuerzas progresistas utilizando los órganos populares que se forman espontáneamente como crisoles ardientes en los que se mezclan todas las fuerzas revolucionarias, no con el objeto de tomar la iniciativa sino a la espera de ser guiadas.

El partido revolucionario no extrae su visión ni la seguridad acerca de sus objetivos de las exigencias de una aún inexistente voluntad popular, sino de su comprensión de representar las exigencias profundas de la sociedad moderna. Establece de tal manera las directivas de un orden nuevo y confiere disciplina social a las nuevas masas. A través de esta dictadura del partido revolucionario se forma el nuevo Estado, y alrededor de él, la nueva democracia.

No hay por qué temer que un régimen revolucionario de este tipo deba necesariamente desembocar en un nuevo despotismo. Sólo caerá en él si se ha desarrollado modelando un tipo de sociedad servil. Pero si el partido revolucionario crea con pulso firme y desde los primeros pasos las condiciones para una vida libre en la que todos los ciudadanos puedan participar en la vida del Estado, su evolución será, aún en medio de eventuales crisis políticas, en el sentido de una progresiva comprensión y aceptación del nuevo orden por parte de todos, y por lo tanto, hacia un funcionamiento cada vez más libre de las instituciones políticas.

Ha llegado el momento en que es necesario deshacerse definitivamente de las pesadas rémoras del pasado y mantenerse atentos a la llegada de lo nuevo, tan diferente de todo lo que habíamos imaginado, descartando a los ineptos entre los viejos y suscitando nuevas energías entre los jóvenes. Comenzando a tejer la trama del futuro, hoy se buscan y se encuentran los que han comprendido los motivos de la actual crisis de la civilización europea, quienes -por lo tanto- recogen la herencia de todos los movimientos de superación de la humanidad naufragados por la incomprensión del objetivo a ser alcanzado o de los medios para alcanzarlo.

El camino a recorrer no es fácil ni seguro, pero debe ser recorrido y lo será.

(traducción: *Fernando A. Iglesias y Rubén Noiosi*)